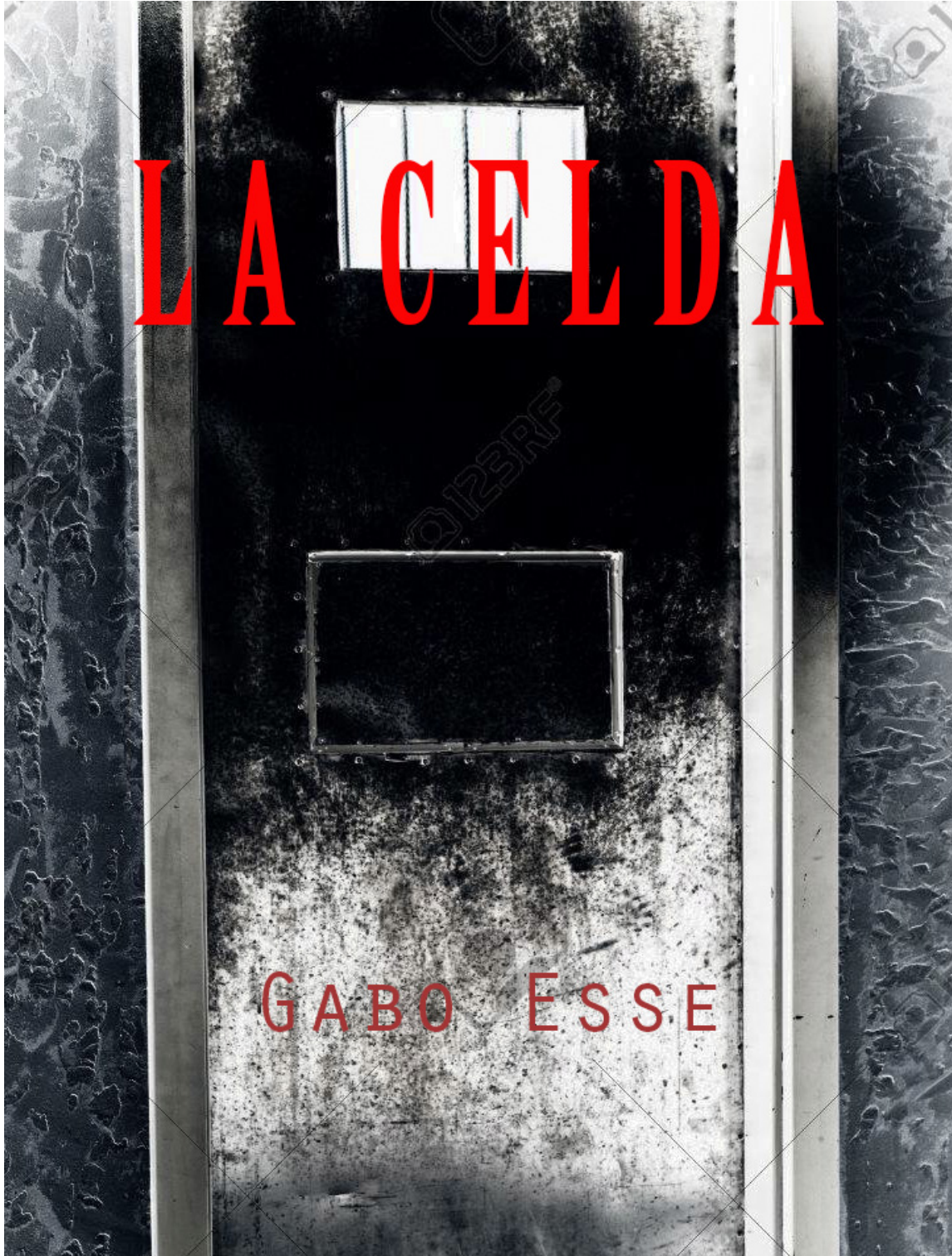


La Celda

Gabo Esse



# Capítulo 1

La celda le quedaba chica desde hacia tiempo.

Eso es lógico, una celda siempre es chica y se va achicando mas aun, a medida que pasan los años hasta el punto que sus paredes se hacen insoportables, hasta que la pequeñez humana se hace atómica, hasta que los gritos saltan de la garganta queriendo derrumbar los muros mezquinos.

Esa mañana era mas chica aun. Había por lo menos una hilera de baldosas menos. Sin embargo el techo parecía mas alto, por lo menos un palmo mas alto.

Cuando se levanto del catre reparo en que el piso estaba aun mas lejos, es decir mas bajo, mas alejado de sus pies.

Dio un brinco y se dio cuenta por la caída que el piso estaba como a tres metros del catre donde todas las noches dormía. Sus pies desnudos sonaron en las baldosas frias como un cachetazo rápido y sorpresivo. Miro alrededor y se dio cuenta que por la noche se habían llevado sus cosas.

*Eso pasa pensó.*

A menudo se llevaban sus cosas y luego se las devolvían. Él no los veía. Él no sabia quienes eran. Eran demasiado sigilosos. A veces se equivocaban y le devolvían cosas de algún otro. El error, le hacia suponer que sus captosres también eran humanos. Al principio de su encierro había tratado de descubrirlos en vano. Supuso por ese entonces, que se servían de puertas secretas que conectaban mediante pasadizos las diferentes celdas para hacer sus incursiones furtivas. Reviso su celda, sus paredes, sus ángulos, su piso y no encontró ninguna oquedad, ni sonido que denunciara la presencia de un pasaje oculto.

Camino hasta la puerta de hierro y apoyo sus espaldas en su fría superficie. Escucho rumores. Pasos y conversaciones en susurros. Los sonidos cesaron frente a su puerta. Luego prosiguieron disolviéndose rápidamente en el habitual silencio.

El techo ahora había bajado, pero su catre seguía aun a tres metros de

altura desde el piso.

Entonces la puerta se abrió y entro la mujer.

Él se sobresalto, hacia años que no veía a un ser humano.

Ella tenia el rostro demudado y había miedo y tristeza en sus ojos.

Se quedaron parados cara a cara, mientras la frente de ella se arrugaba de dolor y sus ojos se llenaban de lagrimas. Él también lloro. No sabia porque, quizá por todo, pero lloro.

Luego se abrazaron largamente.

Ella tiritaba y él, recién reparo en su desnudez cuando se separaron.

Él quiso darle una manta del catre pero éste, seguía aun alto, así que la tomo de la cintura y a duras penas logro subirla.

Una vez arriba, ella lo miro agradecida y medrosa.

Él se quedo un rato mirando hacia arriba y luego se fue hacia un rincón de la celda y se sentó en el piso.

Pronto se quedo dormido.

Cuando despertó, la celda había vuelto a sus dimensiones habituales, es decir las dimensiones que eran mas habituales, esto es, dos por dos por dos metros. Él lo comprobó con sus pasos para estar seguro. El catre habia bajado.

Ella dormía arropada por uno de los cobertores de lana. Su pie derecho asomaba blanco bajo las cobijas.

El se acerco despacio, silencioso y tomo en su mano el pequeño pie.

Ella se despertó sobresaltada y vio su pie en la mano del hombre. Su sonrisa tembló. Sentía el calor grato de la mano de él.

Ella levanto el cobertor y lo invito a su desnudez.

El despacio se introdujo en el lecho. El cuerpo de ella era pequeño, tibio, agradable.

Estuvieron así un tiempo, luego lloraron y se besaron.

Entonces se abrió la puerta.

Ambos giraron las cabezas asustados y vieron al hombre tumbado sobre el piso de baldosas.

El hombre estaba desnudo y no se movía.

Él quiso levantarse pero ella no lo dejó. Lo miró con el rostro aterrado.

Estuvieron un rato así. Luego él se levantó y se acercó al hombre. Ella no lo pudo detener.

Despacio, él se acercó. El hombre no se movía.

Lo tocó con la punta del pie. El hombre no se movió.

Lo tocó con su mano, estaba frío, estaba muerto.

Él volteó la cabeza hacia ella. Ella lo miró inquieta.

Él le hizo una seña y ella se acercó cauta.

Ella lo tocó, estaba frío, estaba muerto.

Se miraron.

Luego él, arrastró al muerto hacia el catre y lo puso debajo.

Ambos se subieron al catre y se miraron largo rato.

Él la abrazaba pero ella insistía con mirar debajo del catre para ver si aún estaba el muerto. Estaba.

Esa noche no durmieron,

Al otro día, miraron debajo del catre y ella se dio cuenta de algo que no había visto el día anterior. El muerto tenía la misma cara que él.

Ella se aterró. Él miró al cadáver y vio que tenía su misma cara.

Él la quiso abrazar pero ella lo rechazó.

Esa noche ella durmió en el catre y él en el rincón de la celda.

Al otro día, los despertó el olor a los excrementos del muerto y su incipiente putrefacción. Era un olor dulzón y persistente.

Ella miró al muerto debajo del catre y lo vio hinchado.

Esa noche también durmieron separados. Ella no lo había mirado en todo el día. Solo había mirado al muerto.

Al otro día, la celda se redujo a eso de las 12 del mediodía, hasta dimensiones asombrosas. Fue tanta la reducción del espacio que él tuvo que subir al catre.

El cadáver seguía abajo con su olor.

Ella lo miro a él después de dos días de no hacerlo.

Él la miro largamente y le tomo la mano. Ella lo dejo.

Estuvieron así todo el día.

A la noche ella lo beso, lo acaricio y luego vomito por el olor.

Al otro día, el olor era insoportable.

Ella se desmayo dos veces y el vomito.

Ella ya no miraba debajo del catre a pesar de que la celda había crecido de nuevo.

Sabia que estaba allí por el olor.

A la noche ella lo busco con sus manos y él la acaricio en los senos. Hicieron el amor y luego vomitaron.

Al otro día, un liquido verdoso salia por debajo del catre y el olor los mantuvo inconscientes casi todo el día.

Desesperados comenzaron a golpear la puerta. La puerta se abrió.

Se miraron. El comenzó a andar pero ella lo agarro del brazo. El le acaricio el rostro y le sonrió.

Salieron.

Había un largo pasillo gris y mal iluminado. Parecía no tener fin.

Comenzaron a caminar por el pasillo, había puertas idénticas a la de su celda a diestra y siniestra. Caminaron todo el día, nada cambiaba solo el largo pasillo gris y mal iluminado y las incontables puertas.

Durmieron en una celda, hicieron el amor y al otro día prosiguieron la marcha.

Llegaron a un ventanal enorme. Al otro lado había un bosque de pinos. Un ciervo los miró indiferente. Ellos lo miraron asombrados.

Se quedaron horas contemplando los pinos, el verde paso, el sol, las nubes.

Quisieron salir pero un vidrio les frenó la marcha.

Golpearon con todas sus fuerzas, hasta que el vidrio estalló en mil pedazos. Él se lastimó un poco. Ella no.

El viento frío les abofeteó las caras. Luego el sol los calentó.

Ella estornudó, él mató un mosquito que le picó el cuello.

Luego sin decir nada buscaron una celda sin muertos y vivieron juntos un tiempo.